

Diario de un humanista

JUAN JOSÉ SOLOZABAL ECHAVARRIA: *Cuaderno abierto de un constitucionalista. Recuadros y ensoñaciones*; Biblioteca nueva, Madrid, 2012, 303 págs.

Juan José Solozabal nos presenta en este libro algunas de las columnas que desde 2008 viene publicando semanalmente en *El Imparcial*. El lector podrá comprobar por sí mismo que se trata de un texto delicioso, sugerente, fino. Solozabal es, entre otras muchas cosas, catedrático de Derecho Constitucional en la Universidad Autónoma de Madrid y uno de los maestros de quien escribe estas líneas. Disfruto de su magisterio desde mediados de los ochenta, pero su mirada profunda y sutil de las cosas nunca deja de sorprenderme. Juan José Solozabal es, además, un miembro destacado de la familia *ciervista*. En tres ocasiones se refiere expresamente en el libro a *El Ciervo*, al recordar a tres personas que forman parte del núcleo duro de la revista, Manuel Jiménez de Parga, Alfonso C. Comín y José Antonio González Casanova.

El prólogo del libro lo firma Santos Juliá, que califica a Solozabal de «intelectual a media voz», frente al gran intelectual, «mitad profeta, mitad sacerdote» de antaño. Un tipo de intelectual que «no se cree ya investido de ninguna misión trascendental y que siente un pudor paralizante cuando alguien se dirige a él con la veneración de quien busca la voz del oráculo». El intelectual de hoy, sugiere brillantemente Juliá, «no es un oráculo, es un conversador, no profetiza, debate». También Santos Juliá, reconociéndose, como Solozabal, de la generación «del medio siglo», la que irrumpió desde mediados de los años 50 hasta iniciados los 60, recuerda el ambiente intelectual en torno a *Destino* o a *El Ciervo* de aquellos que, hijos de la quiebra de la civilización traída por la Guerra y la Dictadura, se conjuraron para «asentar la futura democracia española en la integración y el pluralismo». En el prólogo tampoco se ignora el reconocimiento que hace Solozabal del magisterio de los mayores, del talante democrático del texto y de su vena literaria.

El epílogo del texto lo escribe Manuel Aragón, compañero en la Autónoma de Madrid (y, por cierto, mi director de Tesis). Aragón llama a Solozabal «patriota», de un patriotismo «democrático, liberal, humanista, cultural». También destaca del texto la «permanente, honrada y sagaz crítica del nacionalismo, especialmente del nacionalismo vasco». Solozabal, que es de procedencia vasca, es uno de los mejores especialistas españoles en este tema. «El vasquismo frente al nacionalismo, el “foralismo constitucional”, en suma, tan elogiado por Solozabal, expresan muy bien ese punto intermedio entre la absoluta uniformidad y la inaceptable discriminación, en el que

“milita” Solozabal». Del mismo modo, subraya Aragón la calidad literaria de los escritos de Solozabal y su profundo fondo de armario intelectual.

En efecto, una gran parte del libro se dedica a la política vasca. Juanjo Solozabal es implacable con los que se podría considerar excesos nacionalistas (a menudo utiliza el adjetivo «desmesurado» para referirse a él); sobre todo a la dinámica del denominado Plan Ibarretxe, a políticas lingüísticas desequilibradas, por no hablar del fenómeno etarra. Este interés por lo vasco no se agota en la política, por supuesto. El autor evoca en muchas de las columnas lugares y personas que le han marcado. La geografía se convierte en biografía al recordar San Sebastián (especialmente), Bilbao, Guetaria, Zarauz. A lo largo del libro se citan muchos otros lugares; el autor es un viajero impenitente, cuya curiosidad y capacidad de asombro y admiración por la belleza no parece tener límites. Su descripción de viajes es, sencillamente, deliciosa. Solozabal escribe con emoción de los jesuitas con quienes se formó (Zabala, Errandonea, Ayestarán, por supuesto Tellechea y Beristain).

Identificar a los autores de referencia permite describir a una persona. Dime a quién has leído y te diré quién eres. Solozabal rinde tributo a unos cuantos: Camus, por supuesto, que le provoca una de las mejores columnas, una reflexión sobre la vida (p. 29): «La vida del hombre, también la construcción de lo que sea habitable en la ciudad, es un esfuerzo laborioso, muchas veces inútil, que llevamos a cabo solos y debemos reintentar prometeicamente. Es la insistencia, el gradualismo, la imperfección como consecución históricamente limitada de lo solo parcialmente logrado, lo que dignifica verdaderamente al hombre actuando así en libertad y precariedad. También lo dijo en sus versos T.S. Eliot: «Para nosotros no hay sino el intento/ Lo restante no es de nuestra incumbencia». Pero también se llama a estrados a Ortega, Josep Plá, Hannah Arendt, Lledó, Bobbio, Magris, Kedourie, Montaigne, Castellet, Orwell, Azaña, Habermas... Entre los vascos: José de Arteche, Azaola, Julio Caro, Llera, Ruíz Soroa, Uriarte (y sus magníficos Diarios), Joseba Arregui... Algunas de las columnas versan sobre películas (Rosellini, Hooper: El discurso del Rey, Beauvois: De dioses y de hombres, etc.) y sobre literatura (Cervantes por encima de todo, pero también Vargas Llosa, entre otros).

Mención especial merece el retrato de Francisco Rubio Llorente, a quien Solozabal, llama «el maestro». En Derecho todavía solemos denominar así a quienes nos han formado más directamente como investigadores. Rubio es también mi maestro, aunque, por supuesto, no con la misma intensidad que Solozabal, que es un «discípulo» de la primera hora. La columna que nuestro autor dedica a Rubio (p. 78) es todo un homenaje, escrita con delicadeza, con suma sensibilidad y agradecimiento. En ella, se narra uno de los seminarios

que, dirigidos por el maestro, venimos teniendo en la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de Madrid desde hace 25 años.

Juan José Solozabal, aunque conoce el alemán y el francés, es anglófilo. Una etapa importante de su formación la cumplió en la London School of Economics. Y es seguidor fiel de *The New York Review of Books*. En diversos pasajes propone el sistema británico como modelo posible del nuestro; o al Tribunal Supremo Federal de los Estados Unidos, también. Cercano al socialismo, Solozabal emite juicios favorables sobre José Luís Rodríguez Zapatero (aunque no le otorga un cheque en blanco, como cuando se pregunta por el cese de la Directora del CIS, Belén Barreiro o por la ambivalente postura del Gobierno ante la huelga general de noviembre de 2010) y contempla esperanzado el ascenso a la presidencia del gobierno vasco de Patxi López.

Un gran parte del libro se dedica, naturalmente, a temas de Derecho Constitucional. Solozabal alerta contra una idea boba de la Constitución, o contra su desgaste. Hay diversos comentarios de la Sentencia del Tribunal Constitucional sobre el Estatuto catalán y también sobre los propios límites de la jurisdicción constitucional.

En definitiva, la lectura de este libro está repleta de sugerentes argumentos, imágenes y metáforas. Es un libro para aprender y para disfrutar. Yo creo que conocer cómo son las mejores personas nos hace mejores. En este sentido, la bonhomía del autor, su rigor intelectual, su libertad de criterio, su sentido social, su profundo humanismo, son auténticos regalos para quien le conoce en persona, pero también para quien puede aproximarse, a partir de su lectura, a los movimientos de su espíritu.

Fernando Rey
Universidad de Valladolid